

FUNDADO EN 1903 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

MORIR SOLOS

POR JULIO L. MARTÍNEZ

«El ser humano tiene un valor tan grande para Dios que se quiso hacer en Cristo uno de nosotros para poder com-padecerse de nuestros dolores y sufrimientos; para poder compartir cada pena y alegría; para hacer posible que en cada sufrimiento aparezca el consuelo del amor concreto y participado de Dios, y así se abra paso la esperanza»

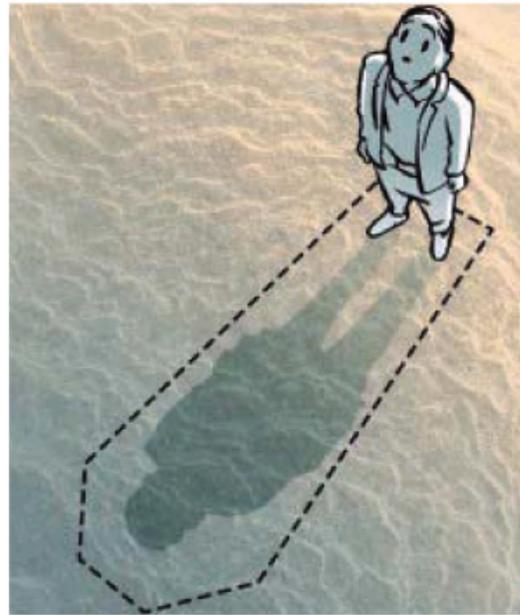
ENTRE las muchas situaciones dolorosas que estamos viviendo en esta pandemia hay una que a mí me impacta sobre las demás: los enfermos muriendo solos y los familiares padeciendo un gran sufrimiento por no poder acompañar y despedirse de sus seres queridos. La urgencia de no exponerse al contagio es tan grande que en general ni siquiera se les deja acercarse a la persona moribunda. Si hubiera trajes de protección para todos y no tanta saturación hospitalaria, quizás podría hacerse de otro modo, pero la realidad es la que es y el acompañamiento presencial no está permitido, excepto al personal sanitario que se desvive por los pacientes. Se produce la angustia ante la impotencia por no poder cuidar y consolar. El cuidar de estar cerca, mirar, tocar, ofrecer un vaso de agua, decir alguna palabra de aliento o balbucir alguna expresión torpe de amor.

Despedirse nunca es fácil, pero si las circunstancias lo impiden el sufrimiento se ahonda más. Los psicólogos recomiendan prudentemente que quien viva una situación así trate de despedirse imaginando que está delante de la persona y diciéndole aquello que le querría decir o escribiéndole una carta de despedida. No despreciemos esos ejercicios imaginativos para concluir lo que ha quedado a medias, para cerrar lo que permanece como herida abierta, pero intentemos ir más allá: busquemos razones para la esperanza, no puros sentimientos de consuelo; razones que lleguen al corazón, pero reciban solidez de una lectura teológica del ser humano.

La teología cristiana nos ayuda a encontrar esas señales en la revelación y la razón, con un conocimiento que hace entrar en juego la fe, pero que posee unas claves de significado que lo hacen comprensible más allá de la fe misma; un conocimiento que no se sitúa en el plano de lo irracional, puesto que el conocimiento de la fe goza de plena racionalidad, aunque no en el sentido de que sus contenidos sean demostrables racionalmente, sino en que creer es del todo racional y arroja luz en lo más duro de la existencia.

Comparto con quien pueda necesitarlo cómo me represento el ser profundo de la persona con dos palabras a las cuales el pensamiento ha dedicado razonamientos sutiles a través de los siglos, a saber: *soledad* y *relación*.

La primera es la que Duns Escoto utilizó para comprender a la persona: *ultima solitudo* (soledad última), que no debe entenderse como la soledad que acecha a la persona, sino como la estructura fundante del mundo personal y propio de cada cual: cada persona como absolutamente



NIETO

diferente, sin poder reducirse a otra persona; como evento absoluto independiente e incommunicable que constituye una naturaleza singular individual en un ser personal irrepitible. De verdad la experiencia del dolor siempre es muy incommunicable; ante ella uno se siente solo, por mucha compañía que le rodee o muchos cuidados que se le dispensen.

La segunda es que la persona es ser-en-relación, en el que la relación no es adjetiva sino constitutiva. No relación en el sentido «accidental» como la concibe Aristóteles, sino en la traducción humana de la *relación subsistente* que Santo Tomás atribuye a las personas divinas, donde la relación aparece como modo de ser de la persona. La relacionalidad no adviene a la persona ya constituida, sino que es una nota ontológica fundamental del ser personal. Somos lo que somos porque los demás forman parte de nuestra vida; el sí mismo es imposible sin los otros, la «ipseidad» no es siquiera pensable sin la «alteridad» (Ricoeur). No somos mónadas incommunicadas, somos relación, y no únicamente cuando estamos en presencia de otros; cuando estamos solos, no dejamos de serlo.

La intimidad es por antonomasia el lugar del encuentro y la relación dialogal. La lectura teológica del ser humano dice que su realidad más honda radica en que la profundidad de su intimidad es habitada por la presencia amorosa y creadora de Dios. En el centro de la persona la mira-

da religiosa descubre la presencia de Dios. Probablemente no haya habido forma más bella de decirlo que la frase de Agustín de Hipona, quien tras mucho vagar buscando fuera de sí descubrió que Dios era lo más íntimo de su intimidad y a la vez lo superior a lo más alto de sí mismo («Tu autem eras intimior intimo meo et superior summo meo»). Aún más, el ser humano tiene un valor tan grande para Dios que se quiso hacer en Cristo uno de nosotros para poder com-padecerse de nuestros dolores y sufrimientos; para poder compartir cada pena y alegría; para hacer posible que en cada sufrimiento aparezca el consuelo del amor concreto y participado de Dios, y así se abra paso la esperanza.

Si en el momento de la muerte la soledad se hace máxima, también se hace más diáfana la relacionalidad que nos constituye y el portentoso tejido que forma nuestras vidas. Acompañar presencialmente es bueno, incluso es una necesidad que tenemos los humanos, pero también lo es caer en la cuenta de que a la persona se le acompaña no solo con la cercanía física sino con la cercanía espiritual y que ésta no exige rigurosamente la presencia directa, es posible en la distancia e incluso más allá de la muerte.

Me permito citar un texto impresionante de la encíclica sobre la esperanza del Papa Benedicto: «Que el amor pueda llegar hasta el más allá, que sea posible un recíproco dar y recibir, en el que estamos unidos unos con otros con vínculos de afecto más allá del confín de la muerte, ha sido una convicción fundamental del cristianismo de todos los siglos y sigue siendo también hoy una experiencia consoladora. ¿Quién no siente la necesidad de hacer llegar a los propios seres queridos que ya se fueron un signo de bondad, de gratitud o también de petición de perdón? (...) Nuestras existencias están en profunda comunión entre sí, entrelazadas unas con otras a través de múltiples interacciones» (*Spe salvi*, 48).

Por eso nuestra intercesión no es ajena a la suerte del otro, ni siquiera después de la muerte. Por eso no es una pura ilusión psicológica completar lo que las circunstancias de la muerte del ser querido nos impidieron hacer bien. Ante la crueldad de las muertes de esta pandemia podemos convertir el tiempo terrenal en «tiempo de Dios» y experimentar, en él, la comunión viva de las almas. Nunca es demasiado tarde para el encuentro de corazones y nunca es inútil ese encuentro.

En tiempos tan inclementes podemos poner todas nuestras penas en el seno de la gran Esperanza, Jesucristo, que conoce y llama a cada uno por su nombre, abrazando el universo entero y dándonos la paz que nosotros solos no podemos alcanzar, porque Él es la Resurrección y la Vida (Jn 11, 25).

JULIO L. MARTÍNEZ, SJ ES RECTOR DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE COMILLAS